

CAROL ZARDETTO

# EL DISCURSO DEL LOCO

*Cuentos del Tarot*



**F&G**  
editores

Lecturas de cuarentena

# Lecturas de cuarentena

## XIII. La muerte, Carol Zardetto

© Carol Zardetto

El cuento “XIII. La muerte” forma parte de la colección de cuentos *El Discurso del Loco. Cuentos del Tarot* de Carol Zardetto.

<http://www.fygeditores.com/FGDL9789993995104.htm>



### **F&G Editores**

31 avenida “C” 5-54, zona 7

Colonia Centro América

Guatemala, Guatemala

Teléfonos: (502) 2292 3792 – (502) 5406 0909

[informacion@fygeditores.com](mailto:informacion@fygeditores.com)

[www.fygeditores.com](http://www.fygeditores.com)

### XIII LA MUERTE



*La muerte es el cazador y está siempre a la izquierda.*

Carlos Castaneda,  
*Viaje a Ixtlán*

El atardecer pinta de púrpura el cielo, la tierra y el mar. Sobre todo el mar, que bajo esa luz parece una extraña gema revolviéndose incansable.

Las olas lamen la playa. Dejan tras de sí una estela de brisa y espuma. Provocan, cada vez, el alborozo del niño que corre, yendo y viniendo: delante de cada ola que viene, detrás de cada ola que se va. Sus gritos infantiles son el único sonido que acompaña el bramido del mar rompiendo el silencio del ocaso.

Las otras personas que lo acompañan, no son a esta hora más que siluetas enredadas a lo lejos. Absortas en la magnificencia del espectáculo que

presencian, no dicen palabra, no se mueven. Habían llegado a la playa en una pequeña embarcación que dejaron anclada a la orilla de un estero que los separa de tierra firme. La noche empieza a tender su oscuridad sobre la tierra, arrinconando las luces del atardecer que se van tornando doradas.

En el estero, la corriente acarrea como barquitos de juguete palos, cocos y otras basuras. La corriente arrecia. Las basuras parecen sorbidas por un gigante. Cuando las aguas del estero se encuentran con el mar, se elevan en una gran cresta y todo vuela por los aires.

Las personas en la playa van saliendo de su arrobamiento como de un ensueño. Se estiran, recogen sus cosas. Se apaga un cigarrillo en la arena. Comprendiendo que la noche avanza, se incorporan disponiéndose a partir.

Caminan con despreocupación al estero. Conversan, ríen. Al llegar, suben a la embarcación. Se oye el ruido del motor y la nave atraviesa a lo ancho, hasta que se apaga con sordo estertor. Sin su impulso, se convierte en un barquito de juguete más, a disposición de la corriente.

Las siluetas se afanan. Una trata de encenderlo nuevamente, otra se agacha buscando algo en los costados. Alguien más se lanza al agua, confiando quizá poder ganar tierra firme por su cuenta. Mientras, la embarcación se encamina directamente a la boca del gigante.



Al percatarme de que vamos a la deriva, en un primer impulso, aprieto contra mí a Javier. Se me agolpan los pensamientos y ya no razono. Repentinamente recuerdo que entre el desorden de toallas están los salvavidas. Los busco arrebatadamente, agradecida de mi inusual prevención.

Estoy asustada, pero todo sucede tan rápidamente que no puedo pensar. Quiero ayudar, pero no sé cómo. Pregunto tonterías. Nadie responde. Se han encerrado en su propia desesperación. Luis persiste inútilmente en intentar encender el motor y Marta escarba buscando un remo. Me inclino a un costado tratando de imitarla y sólo logro encontrar una boya a la cual me aferro, un instante antes de que la embarcación vuele por los aires, al igual que todos nosotros.

Siento una horrible sensación al ser sacudida como una muñeca de trapo, y, al caer, algo golpea mi cuerpo antes de hundirme muy adentro del agua salada que me quema la nariz, la garganta.

Por un momento no sé de mí, todo es desorden. Un intenso dolor en el hombro es la primera noción clara que tengo de encontrarme viva.

Me angustia no ver a Javier y se renueva la sensación de sentirlo deslizándose de mi brazo. Trato de buscarlo mientras el oleaje me sacude, me cubre, me eleva. El agua está llena de basura que me lastima el cuerpo. Trago bocanadas de agua sucia con pedazos de raíces o madera.

Después de un siglo de angustia, entre toda la basura noto un bulto apenas mayor que los otros: su pequeña cabeza flotando en el agua. No sé con qué fuerzas logro llegar a él. Me percato que gritaba llamándome. No había podido escucharlo. Lo abrazo con fuerza, sintiendo nuevamente el dolor del hombro hiriéndome como puñal.

Trato de encontrar a mis compañeros y no veo a ninguno. Busco la embarcación que a lo lejos diviso volteada, alejándose rápidamente. Me abandono a la fuerza de la corriente que nos arrastra. Nos revolvemos con toda la basura y el espumarajo sucio, atraídos irremediabilmente hacia el centro del oleaje donde una fuerza salvaje nos sacude.

Tengo que mantener al niño fuera del agua. Lo alzo penosamente a cada momento, cuando el agua se nos abalanza. No puedo sostenerlo y se escapa de mi abrazo. Me hundo muchas veces, aterrorizada ante esta fuerza que me revuelca y no sé más dónde es arriba o dónde es abajo. Todo para sacarme nuevamente, agotada, lastimada, ahogada casi y luego, volverme a sumergir, como un juguete en manos de un demente.

La corriente nos empuja lejos de este lugar caótico. Penosamente, logro acercarme a Javier que con un hilo de voz me llama.

El primer impulso es nadar hacia la playa, salir de aquí, pero el cansancio del esfuerzo anterior me agobia. Me recuesto tratando de recuperar el aliento. Tener cerca de mí al niño es un alivio. Su cuerpo pequeño a mi lado duele.

No quiero saberlo aquí conmigo, compartiendo este terrible momento.

Ha oscurecido mas es una noche clara. Mis pensamientos se desparraman: ¿habrán notado ya nuestra ausencia en la casa?, recuerdos recordados de medidas de salvamento, repeticiones de frases manidas que no apuntan a ninguna parte –“alguien tiene que venir por nosotros”, “lo peor es el agotamiento”, “el frío puede matar”– se suman a las dudas ¿debería nadar?, ¿será mejor guardar las fuerzas?, ¿esperar a que vengan a salvarnos? Quiero parar esa máquina reiterativa en su carrera desquiciada.

La corriente nos arrastra mar adentro. Aunque aparenta calma, su fuerza implacable, subterránea nos empuja sin esfuerzo cada vez más lejos, cada vez más dentro. Ante mis ojos, las luces de la playa se hacen pequeñas. El mar es inmenso.

Mi corazón se agita con un miedo que trastruca todo lo que me rodea en siniestro. El cielo despejado, la gran luna que nos baña con su luz incierta y el mar en calma, son parte del engañoso mundo de espanto donde me siento aprisionada, envuelta en la luz espectral de una pesadilla.

Hago el intento de nadar y me detiene en seco un agudo dolor en el hombro. El golpe que recibí al caer se hace recordar. Trato de superar el dolor y, penosamente, me enfrento a la corriente. Lucho contra ella, jalando a Javier. No sé cuánto dura este esfuerzo, sólo puedo decir que dura hasta el límite de mis fuerzas. Me

recuesto desfallecida, resignada a la corriente. Deberé esperar. Quizá alguien avisó del accidente. Quizá ya rescataron a los otros.



Mi cabeza se escapa... Es una nave a la deriva que trato de anclar. El ancla vuela por los aires. Cae al agua y se hunde despacio, girando, hasta reposar en una arena demasiado suelta. Lentamente va cediendo y la nave se va... se va.

Bruscamente recuerdo a Javier. No hace ningún ruido, permanece inmóvil, dándome la espalda. Me asusto ante su silencio. Su cabeza reposa de lado, caída, abandonada. Me pongo nerviosa. Siento que una garra me aprieta el estómago. Creo que voy a vomitar. Reúno toda mi fortaleza para jalarlo de la correa del salvavidas que sostengo. Una tremenda paz me invade al ver que se ha quedado dormido sobre el ancho cuello del salvavidas. Al ver su rostro, mis ojos se llenan de lágrimas.

Tontamente recuerdo aquello que leí el otro día en relación con las víctimas de los asesinos que se someten voluntariamente a su victimario, sumisas ante una irresistible fascinación. Síndrome de Estocolmo. ¿Me resulta seductor entregarme a este asesino?

Mi hijo se ve tan pequeño en medio de esta inmensidad. Tengo que ser fuerte, me repito con obstinación. No me dejaré avasallar. La corriente nos arrastra. ¿Debería hacer algo para impedir que nos lleve tan lejos, tan fuera del alcance?

Cuando lo intento, constato que no puedo mover el brazo. La hinchazón es monstruosa. Trato de avanzar con el impulso de mis piernas. La corriente me arrastra de lado. Mi respiración se entrecorta. El corazón me sale del pecho. El esfuerzo me excede. Me recuesto sobre la espalda y cierro los ojos, agitada.



El niño corre en un prado verde con una pelota... corre torpemente, moviendo un bracito exageradamente de atrás hacia delante... me hace sonreír... Siempre fue un poco torpe para moverse y yo quería cuidarlo de su fragilidad. Hace tanto frío. Su risa llena el espacio inerte. Sus mejillas coloradas, frescas, rosas recién cortadas. Al acercarse, sus ojos diáfanos y el húmedo beso me tocan. La dulzura de ese contacto se extiende, se prolonga hasta el límite del dolor. Viene en oleadas. Cada vez que llega invade todo mi ser. No tiene localización. Es como si todo mi cuerpo participara igual de la horrible sensación... cuando llega pienso en morir... grito, aprieto los puños y afeo la cara en una mueca. Cuando se va, me siento agotada totalmente, exprimida. Empieza nuevamente. Me erizo de terror. La peor tortura, es saber que regresará sin tregua. Una vez, otra vez y otra. Eso parece inexorable.

El niño nació y todo terminó de repente. No quedaba ni el recuerdo de la tortura cuando lo pusieron húmedo aún sobre mi vientre. No lloró

al nacer. Veía todo a su alrededor con gran asombro. Luego sí lloró. Lloró incesantemente. No podía dormir porque oía a mi hijo llorando. No paraba de llorar.



¡Dios mío!

Solté al niño. ¡Cómo pudo apartarse tanto! El dolor del hombro se ha vuelto insoportable. Tengo que alcanzarlo.

–Javier: no llores, no pasa nada.

Qué difícil avanzar. Duele tanto. Al fin, mi niño. Me como sus lágrimas a besos. Está amorado, lloroso, pálido como una visión. Hay pavor en sus ojos y una súplica. Una súplica que soy impotente para atender.

¿Qué pasará? ¿Por qué tanto silencio? ¿Por qué nadie viene a buscarnos?

–¿Mami, por qué el mar se ve tan negro?

–Es que sirve de espejo a las estrellitas. ¿Ves cómo se miran en él?

¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

–Pero no me gusta. No veo qué hay abajo.

–No hay por qué temer. Sólo hay delfines plateados que juegan por las noches con la luna. Si tenemos suerte los veremos saltar encima del agua. Qué tal si cantamos algo para distraernos. ¿Quieres?

Las lágrimas corren ahora libremente por mi rostro.



La niña sale corriendo hacia los brazos de una señora rubia que la alza y la sienta en su regazo... la madre tararea en un susurro, mientras la abraza acariciándole el cabello, la cara, las piernas... La niña comienza a dormirse en medio de la suavidad de ese abrazo... no puede tener los ojos abiertos, se duerme... la canción llena todo... Dando, dando de vueltas los caballitos del carrusel, giran, giran, giran...



¡Hundí la cabeza en el agua! Me trastorno al sentir el ardor del agua salada en mi garganta.

¡Socorro! ¡Ayúúúúúúdenme! Por favor, lo suplico, ayúdenme. Alguien que me oiga, por favor, no nos dejen solos.

Mis gritos golpean la noche, que luego, imperturbable, vuelve a su silencio total. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ayúdame!... No recuerdo ninguna oración. Mi mente se hunde en la confusión. No puedo pensar.

Nado... nado... nado... quiero avanzar hasta la orilla, quiero doblegar la corriente con mis brazos, con la espalda, con las piernas. Quiero arrancar centímetros de distancia al adversario sin forma, sin cara. Jalo al niño con el brazo hinchado, procuro no sentirlo, olvido lo que duele. Así, creyendo profundamente que puedo hacerlo, o tratando de convencerme, lucho hasta

que el calambre me paraliza con su ardor eléctrico.

Al pasar el dolor, la cólera me arrebatara. ¡Dios mío! ¿Dónde estás? ¿Puedes vernos? ¡Míranos!

Oigo mi voz, sorprendida ante lo fuera de lugar que se escucha. Enmudezco. Mi asombro me lleva de la mano a un instantáneo esclarecimiento. Logro vislumbrar otro dominio, esencial, tremendo. Real. Me estremezco ante la honda desnudez de la vida que se me revela.

Entiendo que mi voz, mis palabras, llevan entretejido un mundo entero de ficciones, disfraces, pequeñas certidumbres que, sin sustento, se desploman irremediablemente en este tiempo y lugar. Con un recién estrenado ensanchamiento, contemplo mientras dura, esta visión. El momento es fugaz y se escapa como llegó.

Vuelvo a ser terrena. Sólo queda Javier mirándome con sus grandes ojos. Trato de confortarlo con mi abrazo largo, mudos los dos. Se nos acabaron las palabras.



Estoy cansada. Sólo quiero cerrar los ojos. Quiero dormir. Quiero dormir, pero no puedo. No puedo dormir. No puedo dormir...

Ya empecé a subir las escaleras... son muchas... subo no sé cuántas hasta que las piernas me duelen... tengo calambres por todo el cuerpo... no puedo moverme más... me arrastro. Llevo en el cuerpo un peso inmenso... soy una oruga que se mueve penosamente. Allí está una

puerta cerrada. Habrá que golpear. Con el último impulso que logro construir, golpeo... pero nadie abre... nadie contesta... Grito entonces... la puerta sigue inmutable y yo sigo irremediablemente sola. Transcurre una eternidad bajo la intemperie, en medio de la nada. A su propio tiempo, la puerta se abre y yo atravieso sin esfuerzo alguno el umbral.



Creo que vi por última vez al niño flotando lejos de mí. Me asombro de no angustiarme. Ahora todo parece una película. Esa visión y luego la luna a través del agua, quebrándose, una y otra vez, en mil pedazos.

El cuento “XIII. La muerte” forma parte de la colección de cuentos *El Discurso del Loco. Cuentos del Tarot* de Carol Zardetto.

Si desea leer el libro completo, lo puede pedir a domicilio:

Artemis Libros, WhatsApp: +502 4259-9714

De Museo, WhatsApp: +502 5513-6060

Fondo de Cultura Económica, WhatsApp: +502 5017-3130

Piedrasanta, WhatsApp: +502 5966-1372

Sophos, WhatsApp: +502 5690-7214

**#YoLeoEnCasa**